

SATURNINO LÓPEZ NOVOA
LA VIDA DE FE
VER EN TODAS LAS PERSONAS LA IMAGEN DE CRISTO

0. INTRODUCCIÓN

La Carta a los Hebreos nos ofrece una galería de personajes ilustres que vivieron guiados por la fe.

Hb 11,1-40: ¹La fe es fundamento de lo que se espera, y garantía de lo que no se ve. ²Por ella son recordados los antiguos. ³Por la fe sabemos que el universo fue configurado por la palabra de Dios, de manera que lo visible procede de lo invisible. ⁴Por la fe, Abel ofreció a Dios un sacrificio mejor que Caín; por ella, Dios mismo, al recibir sus dones, lo acreditó como justo; por ella sigue hablando después de muerto. ⁵Por la fe fue arrebatado Henoc, sin pasar por la muerte; no lo encontraron, porque Dios lo había arrebatado; en efecto, antes de ser arrebatado se le acreditó que había complacido a Dios, ⁶y sin fe es imposible complacerlo, pues el que se acerca a Dios debe creer que existe y que recompensa a quienes lo buscan. ⁷Por la fe, advertido Noé de lo que aún no se veía, tomó precauciones y construyó un arca para salvar a su familia; por ella condenó al mundo y heredó la justicia que viene de la fe. ⁸Por la fe obedeció Abrahán a la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber adónde iba. ⁹Por fe vivió como extranjero en la tierra prometida, habitando en tiendas, y lo mismo Isaac y Jacob, herederos de la misma promesa, ¹⁰mientras esperaba la ciudad de sólidos cimientos cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios. ¹¹Por la fe también Sara, siendo estéril, obtuvo vigor para concebir cuando ya le había pasado la edad, porque consideró fiel al que se lo prometía. ¹²Y así, de un hombre, marcado ya por la muerte, nacieron hijos numerosos, como las estrellas del cielo y como la arena incontable de las playas. ¹³Con fe murieron todos estos, sin haber recibido las promesas, sino viéndolas y saludándolas de lejos, confesando que eran huéspedes y peregrinos en la tierra. ¹⁴Es claro que los que así hablan están buscando una patria; ¹⁵pues si añoraban la patria de donde habían salido, estaban a tiempo para volver. ¹⁶Pero ellos ansiaban una patria mejor, la del cielo. Por eso Dios no tiene reparo en llamarse su Dios: porque les tenía preparada una ciudad. ¹⁷Por la fe, Abrahán, puesto a prueba, ofreció a Isaac: ofreció a su hijo único, el destinatario de la promesa, ¹⁸del cual le había dicho Dios: «Isaac continuará tu descendencia». ¹⁹Pero Abrahán pensó que Dios tiene poder hasta para resucitar de entre los muertos, de donde en cierto sentido recobró a Isaac. ²⁰Por la fe bendijo Isaac el futuro de Jacob y Esaú. ²¹Por la fe, Jacob, estando para morir, bendijo a cada uno de los hijos de José, y se inclinó apoyado en el extremo del bastón. ²²Por fe, José, al final de la vida, evocó el éxodo de los hijos de Israel y dio órdenes acerca de sus huesos. ²³Por fe, cuando nació Moisés, sus padres lo ocultaron tres meses, viendo que era un niño hermoso, y sin temer el decreto real. ²⁴Por fe, Moisés, ya crecido, renunció al título de hijo de una hija del faraón, ²⁵y prefirió ser maltratado con el pueblo de Dios al disfrute efímero del pecado, ²⁶estimando que la afrenta de Cristo valía más que los tesoros de Egipto, y atendiendo a la recompensa. ²⁷Por fe abandonó Egipto, sin temer la cólera del rey, y se apoyó en el invisible como si lo viera. ²⁸Por fe celebró la Pascua, e hizo la aspersion de la sangre para que el exterminador no tocara a sus primogénitos. ²⁹Por fe atravesaron el mar Rojo como por tierra firme, mientras que los egipcios, al intentarlo, se ahogaron. ³⁰Por fe, la muralla de Jericó, después de ser rodeada durante siete días, se derrumbó. ³¹Por fe, la prostituta Rajab acogió amistosamente a los espías y no pereció con los rebeldes. ³²¿Para qué seguir? No me da tiempo de referir la historia de Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David, Samuel y los profetas; ³³estos, por fe, conquistaron reinos, administraron justicia, vieron promesas cumplidas, cerraron fauces de leones, ³⁴apagaron hogueras voraces, esquivaron el filo de la espada, se curaron de enfermedades, fueron valientes en la guerra, rechazaron ejércitos extranjeros; ³⁵hubo mujeres que recobraron resucitados a sus muertos. Pero otros fueron torturados hasta la muerte, rechazando el rescate, para obtener una resurrección mejor. ³⁶Otros pasaron por la prueba de las burlas y los azotes, de las cadenas y la cárcel; ³⁷los apedrearon, los aserraron, murieron a espada, rodaron por el mundo vestidos con pieles de oveja y de cabra, faltos de todo, oprimidos, maltratados ³⁸—el mundo no era digno de ellos—, vagabundos por desiertos y montañas, por grutas y cavernas de la tierra. ³⁹Y todos estos, aun acreditados por su fe, no consiguieron lo prometido, ⁴⁰porque Dios tenía preparado algo mejor a favor nuestro, para que ellos no llegaran sin nosotros a la perfección.

D. Saturnino López Novoa se sitúa en esta galería de personas cuya vida ha estado definitivamente orientada por la fe.

El venerable Saturnino López Novoa nació en Sigüenza y murió en Huesca, el 12 de marzo de 1905 a la edad de 74 años. En su infancia quedó huérfano de madre y fue acogido por unos tíos, residentes en Berlanga de Duero, Soria, desde donde marchó en 1854 a Barbastro, con un tío suyo, Basilio Gil y Bueno, que había sido nombrado vicario capitular de esa diócesis. Al ser nombrado su tío obispo de Huesca (1862-1870), se trasladó con él a esta ciudad y permaneció a su servicio como secretario.

Fue párroco de la catedral de Huesca, secretario del Obispado, profesor del Seminario y canónigo. Fruto de una sólida formación eclesial iniciada en el Seminario de Sigüenza, y la posterior obtención de los títulos de licenciado y doctor en Teología en el Seminario de Toledo, así como su entrega y generosidad en su vida sacerdotal, en Huesca dejó una destacada impronta en beneficio de los más necesitados.

Fundó la Casa de Estudiantes Pobres, la Casa Asilo para Niñas, la rama femenina de las Conferencias de San Vicente de Paúl, propició la instalación en Huesca de las Hermanitas de los Pobres (francesas) y de las Siervas de María.

A petición del Ayuntamiento, realizó informes de la situación de pobreza y necesidad que sufrían numerosos oscenses.

Su puerta y su casa, en el nº 12 de la plaza Lizana, fue lugar de encuentro donde los pobres participaban de su generosidad y caridad sacerdotal.

Fue profesor del Seminario Conciliar y mecenas del mismo, confesor de órdenes religiosas, canónigo chantre de la santa iglesia catedral.

Ya en Barbastro, conoció a algunas jóvenes, procedentes de distintos lugares de España, que apuntaban la vocación religiosa y, desde Huesca, siguió tutelando su formación religiosa.

Con ese primitivo grupo, en el que estaba la que sería la primera madre general de la congregación de las Hermanitas, santa Teresa de Jesús Jornet e Ibars, fundó en Barbastro la gran obra de su vida con el carisma de la caridad, núcleo de la vida cristiana. El Instituto religioso nació el 27 de enero de 1873 y el 11 de mayo del mismo año se abrió la Casa Madre en Valencia.

D. Saturnino escribió numerosas obras de carácter religioso y organizativo para la formación espiritual de las primeras comunidades de Hermanitas, que ya en vida del fundador fueron abriendo casas de acogida en bastantes poblaciones de España y América.

Con el tiempo, la Asociación de Católicos de Valencia, su arzobispo y el obispo Francisco García López facilitaron a Saturnino López Novoa medios y apoyos suficientes para que lo que inicialmente era un instituto de Hermanitas se convirtiera en congregación, que se establecería en Valencia, sede desde entonces de la casa general, a donde serían llevados desde Huesca los restos del fundador, en 1912.

El amor de Cristo le urgía interiormente. Sacerdote humilde y piadoso, laborioso y caritativo, modelo de sacerdotes seculares, supo entrever los signos de los tiempos en la sociedad española del siglo XIX. No se contentó con lamentar los males de la época, entre los que destacaba la pobreza, sino que supo actuar de forma organizada.

Fue pionero de muchas obras sociales y apostólicas: la fundación de la casa para estudiantes pobres, la creación de las Conferencias de San Vicente de Paúl en Huesca como lo había hecho en Barbastro..., pero su obra más conocida y en la que vuelca toda la generosidad de un sacerdocio vivido en plenitud, es la Congregación de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, "su sueño dorado".

Hay un rasgo biográfico de su estancia en Berlanga de Duero, cuando era niño. Allí se establecieron D. Basilio, la tía Manuela y el niño. En otoño de 1838, Saturnino comenzó a asistir a la escuela de latinidad. Comenzó los estudios de Gramática (conocimientos elementales e iniciación en la lengua latina). La tía Manuela se ocupaba de su educación en la vida de piedad y en la formación religiosa:

"D. Basilio cuidaba particularmente de mi instrucción literaria, y su S^a Madre, que también puedo llamar mía, atendía con toda solicitud a mi educación, basando ésta en los principios de nuestra santa religión y de la piedad cristiana. Me acostumbró a oír la Santa Misa todos los días, acompañándome a la misma; a rezar el Santo Rosario, práctica que no se dejaba un solo día; a la recitación de las oraciones piadosas, que ella me enseñaba; a confesarme y comulgar con

frecuencia, a ser devoto a la Santísima Virgen, y al ejercicio de la caridad con los pobres, que era la virtud más saliente de D^a Manuela” (Juan-José Asenso Pelegrina, *Saturnino López Novoa. Fundador de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados*, BAC 603, Madrid 2001, 2^a ed., 14-15).

1. EL CARISMA DE LA CONGREGACIÓN

El Carisma de la Congregación es el *cuidado y asistencia espiritual y material de los Ancianos desvalidos de uno y otro sexo*, preferentemente los pobres, que sean puestos al cuidado de la Congregación.

El Papa Pablo VI dijo en la homilía de canonización de santa Teresa de Jesús Jornet e Ibars:

“Hoy más que nunca, en esta época de gigantescos progresos, estamos asistiendo al drama humano, a veces desolador, de tantas personas llegadas al umbral de la tercera edad y que ven aparecer a su alrededor las densas nieblas de la pobreza material o de la indiferencia, del abandono, de la soledad. Nadie mejor que vosotras, amadísimas hijas, Hermanitas de los Ancianos Desamparados, conoce lo que ocultan los pliegues recónditos de tan triste realidad”.

“Vosotras habéis sido y sois las confidentes de esa especie de vacío interior que no pueden llenar, ni siquiera con la abundancia de recursos materiales, quienes están desprovistos y necesitados de afecto humano, de calor familiar”.

“Vosotras habéis devuelto al rostro angustiado de personas venerables por su ancianidad, la serenidad y la alegría de experimentar de nuevo los beneficios de un hogar”.

“Vosotras habéis sido elegidas por Dios para reiterar ante el mundo la dimensión sagrada de la vida, para repetir a la sociedad con vuestro trabajo, inspirado en el espíritu del evangelio y no en meros cálculos de eficiencia o comodidad humanas, que el hombre nunca puede considerarse bajo el prisma exclusivo de un instrumento rentable o de un árido utilitarismo, sino que es entitativamente sagrado por ser Hijo de Dios y merece siempre todos los desvelos por estar predestinado a un destino eterno”.

También añadió Pablo VI: “Ese amor ... llevó a vuestra Santa Fundadora y os impulsa a vosotras a ver en los ancianos una mística prolongación de Cristo, a atenuar en ellos sus fatigas, sus enfermedades, sus sufrimientos, cuyo alivio repercute con cadencias de evangelio en el mismo Cristo: "a Mí me lo hicisteis". ¡Esta es la respuesta de la caridad! ¡Ese es el sentido de lo que humanamente sería inexplicable! ¡Esa es la respuesta a quienes verían mejor empleada, en otros campos eclesiales, la vitalidad de vuestras llamas vocacionales que mantienen la tenue y casi apagada existencia de los ancianos!”.

La finalidad de la obra es en palabras de D. Saturnino López, “ser continuadoras de la misión de Cristo, que pasó por el mundo haciendo el bien”; concretado en acoger, cuidar y prodigar todo género de asistencia, inspirada en la caridad evangélica, a los ancianos necesitados.

La hermanita ha sido llamada a hacer de su vida una gozosa donación de amor, en el servicio a los ancianos necesitados, al estilo de Cristo que “nos amó hasta el extremo” (*Juan 13,1*). Amor que se alimenta en la oración y en la Eucaristía

En los hogares reina la máxima de nuestra Santa Teresa Jornet, “cuidar los cuerpos para salvar las almas”. Sus residencias tienen carácter de hogar, por lo que se trata fundamentalmente de fomentar en los ancianos el “espíritu de familia”, a fin de que se sientan como en su propia casa, ofreciendo un servicio desinteresado, con amor y cariño.

En los hogares reina la máxima de nuestra Santa Teresa Jornet, “cuidar los cuerpos para salvar las almas”. Sus residencias tienen carácter de hogar, por lo que se trata fundamentalmente de fomentar en los ancianos el “espíritu de familia”, a fin de que se sientan como en su propia casa, ofreciendo un servicio desinteresado, con amor y cariño.

2. FE ACTIVA

El Papa Benedicto XVI escribe en su encíclica “Deus caritas est”: “Según el modelo expuesto en la parábola del buen Samaritano, la caridad cristiana es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos para que se recuperen, los prisioneros visitados, etc.” (nº 31).

“El programa del cristiano -el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús- es un "corazón que ve". Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia” (Ibid).

El Papa Francisco dijo en el Ángelus del 22 de marzo de 2015: “el evangelista Juan nos llama la atención con un particular curioso: algunos "griegos", de religión judía, llegados a Jerusalén para la fiesta de la Pascua, se dirigen al apóstol Felipe y le dicen: "Queremos ver a Jesús" (Jn 12,21). En la ciudad santa, donde Jesús fue por última vez, hay mucha gente. Están los pequeños y los sencillos, que han acogido festivamente al profeta de Nazaret reconociendo en Él al Enviado del Señor. Están los sumos sacerdotes y los líderes del pueblo, que lo quieren eliminar porque lo consideran herético y peligroso. También hay personas, como esos "griegos", que tienen curiosidad por verlo y por saber más acerca de su persona y de las obras realizadas por Él, la última de las cuales -la resurrección de Lázaro- causó mucha sensación”.

“"Queremos ver a Jesús": estas palabras, al igual que muchas otras en los Evangelios, van más allá del episodio particular y expresan algo *universal*; revelan *un deseo que atraviesa épocas y culturas*, un deseo presente en el corazón de muchas personas que han oído hablar de Cristo, pero no lo han *encontrado* aún. "Yo deseo ver a Jesús", así siente el corazón de esta gente”.

“(…) a aquellos que también hoy "quieren ver a Jesús", a los que están en búsqueda del rostro de Dios; a quien recibió una catequesis cuando era pequeño y luego no la profundizó más y quizá ha perdido la fe; a muchos que aún no han encontrado a Jesús personalmente...; a todas estas personas podemos ofrecerles tres cosas: *el Evangelio*; *el Crucifijo* y *el testimonio* de nuestra fe, pobre pero sincera. El Evangelio: ahí podemos encontrar a Jesús, escucharlo, conocerlo. El Crucifijo: signo del amor de Jesús que se entregó por nosotros. Y luego, una fe que se traduce en gestos sencillos de caridad fraterna. Pero principalmente en la coherencia de vida: entre lo que decimos y lo que vivimos, coherencia entre nuestra fe y nuestra vida, entre nuestras palabras y nuestras acciones. Evangelio, Crucifijo y testimonio. Que la Virgen nos ayude a llevar estas tres cosas”.

La Sagrada Escritura nos recuerda que la fe debe ser activa a través del amor. Recordamos, a modo de ejemplo, tres textos:

Gal 5,6b: “la fe que actúa por el amor”.

Sant 2,14-17: “¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos del alimento diario y uno de vosotros les dice: "Id en paz, abrigaos y saciaos", pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no tiene obras, está muerta por dentro”.

1 Jn 3,16-18: “En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos. Pero si uno tiene bienes del mundo y, viendo a su hermano en necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras”.

El Papa Francisco también dijo en el Ángelus del 24 de abril de 2013, refiriéndose al pasaje del juicio final del evangelio de san Mateo, en el que se describe la segunda venida del señor, cuando Él juzgará a todos los seres humanos, vivos y muertos (cf. Mt 25,31-46): “La imagen utilizada por el evangelista es la del pastor que separa las ovejas de las cabras. A la derecha se coloca a quienes actuaron según la voluntad de Dios, socorriendo al prójimo hambriento, sediento, extranjero, desnudo, enfermo, encarcelado (...); mientras que a la izquierda van los que no ayudaron al prójimo. Esto nos dice que seremos juzgados por Dios según la caridad, según como lo hayamos amado en nuestros hermanos, especialmente los más débiles y necesitados. Cierto: debemos tener siempre bien presente que nosotros estamos justificados, estamos salvados por gracia, por un acto de amor gratuito de Dios que siempre nos precede; solos no podemos hacer nada. La fe es ante todo un don que hemos recibido. Pero para dar fruto, la gracia de Dios pide siempre nuestra apertura a Él, nuestra respuesta libre y concreta. Cristo viene a traernos la misericordia de Dios que salva. A nosotros se nos pide que nos confiemos a Él, que correspondamos al don de su amor con una vida buena, hecha de acciones animadas por la fe y por el amor”.

3. LA SABIDURÍA DEL CORAZÓN

En el Mensaje para la Jornada Mundial del Enfermo 2015, el Papa Francisco reflexionó sobre la sabiduría del corazón. Esto nos permite hacer un subrayado en la vida de D. Saturnino López Novoa y una aplicación directa.

El venerable supo detenerse ante el sufrimiento de quienes llevaban sobre sí el peso de la enfermedad, de la ancianidad, de la soledad, de todas las personas que estaban unidas a la carne de Cristo sufriente.

La fe se convirtió para él en sabiduría del corazón, no un conocimiento teórico, abstracto, fruto de razonamientos, sino "una actitud infundida por el Espíritu Santo en la mente y en el corazón de quien sabe abrirse al sufrimiento de los hermanos y reconoce en ellos la imagen de Dios" (Papa Francisco, *Mensaje Jornada Mundial del Enfermo 2015*, nº 1).

La fe de D. Saturnino López Novoa fue como la sabiduría que baja de lo alto: "apacible, comprensiva, conciliadora, llena de misericordia y buenos frutos, imparcial y sincera" (Sant 3,17). Una fe que le puso al servicio de los demás. Job proclama en su libro: "pues yo libraba al pobre suplicante, al huérfano carente de defensor; recibía la bendición del moribundo, aliviaba el corazón de la viuda. Yo era ojos para el ciego, yo fui pies para los cojos; yo era padre de los pobres, abogado de extranjeros" (Jb 29,12-13.15-16).

D. Saturnino supo ver la necesidad de estar "junto a los enfermos que tienen necesidad de una asistencia continuada, de una ayuda para lavarse, para vestirse, para alimentarse. Este servicio, especialmente cuando se prolonga en el tiempo, se puede volver fatigoso y pesado. Es relativamente fácil servir por algunos días, pero es difícil cuidar de una persona durante meses o incluso durante años, incluso cuando ella ya no es capaz de agradecer. Y, sin embargo, ¡qué gran camino de santificación es éste! En esos momentos se puede contar de modo particular con la cercanía del Señor, y se es también un apoyo especial para la misión de la Iglesia" (Papa Francisco, *Mensaje...*, nº 2).

La fe de D. Saturnino fue un "estar con el hermano". "El tiempo que se pasa junto al enfermo es un tiempo santo. Es alabanza a Dios, que nos conforma a la imagen de su Hijo, el cual "no ha venido para ser servido, sino para servir y a dar su vida como rescate por muchos" (Mt 20,28). Jesús mismo ha dicho: "Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve" (Lc 22,27)" (ibíd., nº 3).

"Pidamos con fe viva al Espíritu Santo que nos otorgue la gracia de comprender el valor del acompañamiento, con frecuencia silencioso, que nos lleva a dedicar tiempo a estas hermanas y a estos hermanos que, gracias a nuestra cercanía y a nuestro afecto, se sienten más amados y consolados. En cambio, qué gran mentira se esconde tras ciertas expresiones que insisten mucho en la "calidad de vida", para inducir a creer que las vidas gravemente afligidas por enfermedades no serían dignas de ser vividas" (ibíd., nº 3).

La fe lleva a "salir de sí hacia el hermano". "A veces nuestro mundo olvida el valor especial del tiempo empleado junto a la cama del enfermo, porque estamos apremiados por la prisa, por el frenesí del hacer, del producir, y nos olvidamos de la dimensión de la gratuidad, del ocuparse, del hacerse cargo del otro. En el fondo, detrás de esta actitud hay frecuencia una fe tibia, que ha olvidado aquella palabra del Señor, que dice: "A mí me lo hicisteis" (Mt 25,40)" (ibíd., nº 4).

Añadió el Papa: "quisiera recordar una vez más "la absoluta prioridad de la 'salida de sí hacia el otro' como uno de los mandamientos principales que fundan toda norma moral y como el signo más claro para discernir acerca del camino de crecimiento espiritual como respuesta a la donación absolutamente gratuita de Dios" (*Evangelii gaudium*, 179). De la misma naturaleza misionera de la Iglesia brotan "la caridad efectiva con el prójimo, la compasión que comprende, asiste y promueve" (ibíd.)" (ibíd., nº 4).

La fe de D. Saturnino le llevó a ser solidario con los hermanos sin juzgarlos: "La caridad tiene necesidad de tiempo. Tiempo para curar a los enfermos y tiempo para visitarles. Tiempo para estar junto a ellos, como hicieron los amigos de Job: "Luego se sentaron en el suelo junto a él, durante siete días y siete noches. Y ninguno le dijo una palabra, porque veían que el dolor era muy grande" (Jb 2,13). Pero los amigos de Job escondían dentro de sí un juicio negativo sobre él: pensaban que su desventura era el castigo de Dios por una culpa suya. La caridad verdadera, en cambio, es participación que no juzga, que no pretende convertir al otro; es libre de aquella falsa humildad que en el fondo busca la aprobación y se complace del bien hecho" (ibíd., nº 5).

“La experiencia de Job encuentra su respuesta auténtica sólo en la Cruz de Jesús, acto supremo de solidaridad de Dios con nosotros, totalmente gratuito, totalmente misericordioso. Y esta respuesta de amor al drama del dolor humano, especialmente del dolor inocente, permanece para siempre impregnada en el cuerpo de Cristo resucitado, en sus llagas gloriosas, que son escándalo para la fe pero también son verificación de la fe (Cf. *Homilía con ocasión de la canonización de Juan XXIII y Juan Pablo II*, 27 de abril de 2014)” (ibíd., nº 5).

“También cuando la enfermedad, la soledad y la incapacidad predominan sobre nuestra vida de donación, la experiencia del dolor puede ser lugar privilegiado de la transmisión de la gracia y fuente para lograr y reforzar la *sapientia cordis*. Se comprende así cómo Job, al final de su experiencia, dirigiéndose a Dios puede afirmar: "Yo te conocía sólo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos" (42,5). De igual modo, las personas sumidas en el misterio del sufrimiento y del dolor, acogido en la fe, pueden volverse testigos vivientes de una fe que permite habitar el mismo sufrimiento, aunque con su inteligencia el hombre no sea capaz de comprenderlo hasta el fondo” (ibíd., nº 5).

En julio de 1859, un sábado volvía D. Saturnino de un paseo vespertino a la fuente del Carpio, a una media hora de Barbastro, acompañado de su auxiliar en la Secretaría de Cámara, D. Domingo Lanas. Ambos seguían a D. Basilio, que iba acompañado de un beneficiado de la Catedral.

Encontramos el texto en el libro de Mons. Juan José Asenso Pelegrina, *Saturnino López Novoa. Fundador de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados*, BAC, Madrid 2000, pp. 63-64):

“Cierta día volvía D. Saturnino de su paseo vespertino a la fuente del *Carpio*, distante una media hora de Barbastro, acompañado de su auxiliar en la Secretaría de Cámara, D. Domingo Lanas. Ambos seguían a cierta distancia a D. Basilio, que iba conversando con un beneficiado de la Catedral. Al pasar frente a la torre llamada de *Andreu*, D. Saturnino y su acompañante se cruzaron con una mujer recostada en el suelo, que tenía junto a ella a tres niños de corta edad. Como nada pidió, se limitaron a saludarla y siguieron su camino. Unos pasos más adelante, el joven sacerdote imaginó que aquella mujer tenía alguna necesidad y, volviendo a la torre, le preguntó qué le sucedía. Ella manifestó que su marido estaba internado hacía tiempo en el hospital y que se alimentaban con los escasos trozos de pan que la hija mayor, de unos nueve o diez años, recogía por la ciudad. Le dio una limosna y le prometió que el miércoles siguiente hablaría de ella en la Junta de la Conferencia de San Vicente de Paúl y que las señoras le llevarían unos bonos. Reemprendieron la vuelta, pero D. saturnino no dejaba de pensar en la triste situación de la que acababa de ser testigo, como él mismo nos refiere:

«Llegados al puente de la Misericordia, sería ya la hora de las nueve, me paro y digo al Sr. Lanas: "... ¿Sabe V. que estoy intranquilo, y no puedo resistir la impresión que me ha producido el triste cuadro de la Torrera? ¡Pobre gente!... Se les ha dado unos cuartos; pero de ellos no podrán hacer uso hasta mañana. Les hemos dicho que se les socorrerá el miércoles por la Conferencia, pero, ¿y si falleciese esta noche por falta de alimento esa pobre mujer o alguno de sus hijos?". "¿Y qué quiere V.?", me dice el sr. Lanas. "¿Qué?, le contesto, que yo no voy a casa sin llevarles socorro. ¿Cómo ponerme tranquilo a cenar, y acostarme en buena cama ante el pensamiento de que pueda esta noche fallecer de necesidad alguno de esa familia?". "Pero V. sabe -me replica el Sr. Lanas- la hora que es y lo que sería cuando llegáramos a casa, volviendo otra vez a la torre y regresando? ¿Qué le diría su sr. Tío?". "Suceda lo que quiera -le respondo-; yo voy a tomar aquí en la calle donde está la tienda del sr. Bosque alguna cosa, y voy a llevársela"».

D. Domingo accedió a acompañarlo y, entrando ambos en la ciudad, se dirigieron a la casa del Sr. Bosque, en la que D. Saturnino surtía de alimentos a los pobres, entregándoles papeletas con su firma, que eran atendidas en la tienda, pasándole a final de mes la factura de todas ellas. Allí compraron pan abundante, tocino, chocolate y unos azucarillos y se dirigieron a toda prisa a la torre.

«Subimos -nos refiere D. Saturnino- y en un cuarto grande veo en el suelo de un rincón, tendida sobre una ropa vieja, a la niña de tres años, vestida y durmiendo, y a la madre echada sobre un camastro, vestida también, y con el niño o niña, de pecho en sus brazos. "¿Qué hacemos?", le dije. "Mire V., Señor, aquí estamos", me contestó. "¿No habrá V. tomado nada?". "Nada, Señor". "Bueno, pues ahora tomará V. un chocolate"».

D. Saturnino, con la ayuda de su acompañante y de la niña mayor, preparó la cena a la luz de un candil y antes de despedirse encargó a ésta que la las ocho de la mañana se presentara en la sacristía de la parroquia. Retornaron a Barbastro con celeridad y a las diez y cuarto entraba en palacio, sin que su tío, que estaba atendiendo a una visita inesperada, se percatara de su ausencia.

A la mañana siguiente, D. Saturnino proveyó a la niña de carbón abundante y le dio unos vales para que le entregaran en la tienda pan, aceite, judías, carne, tocino, chocolate y arroz mientras durara la enfermedad de su padre. En días posteriores los visitó varias veces. En seguida el esposo salió del hospital y al cabo de un mes pudo comenzar a trabajar. En los últimos días de septiembre, sin embargo, fueron despedidos de la torre. D. Saturnino los buscó y pagó alojamiento provisional en la Casa de Misericordia por unos días hasta que logró encontrarles una casa en el barrio *Entremuro*, saliendo fiador del alquiler. Algunas semanas más tarde, aquella familia que no poseía otra cosa, aparte del jornal del padre, que una pequeña viña, en prueba de agradecimiento, llevó a palacio una carga de uvas. D. Saturnino le dio las gracias, al mismo tiempo que manifestaba: "La acepto, pero no la recibo, pues a VV. les hace falta y a mí no".

4. LA LUZ DE LA FE

En su primera encíclica, escrita a cuatro manos con Benedicto XVI, "Lumen fidei", el papa nos presenta unos rasgos básicos de la luz de la fe. Destacamos algunos, que se reflejan en la vida y en la misión del Siervo de dios Saturnino López Novoa.

1) "Quien cree ve; ve con una luz que ilumina todo el trayecto del camino, porque llega a nosotros desde Cristo resucitado, estrella de la mañana que no conoce ocaso" (LF 1).

2) "Por tanto, es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues cuando su llama se apaga, todas las otras luces acaban languideciendo. Y es que la característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar *toda* la existencia del hombre. Porque una luz tan potente no puede provenir de nosotros mismos; ha de venir de una fuente más primordial, tiene que venir, en definitiva, de Dios. La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro. La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural, se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo (...)" (LF 4).

3) "La fe nos abre el camino y acompaña nuestros pasos a lo largo de la historia. (...) La fe está vinculada a la escucha. Abrahán no ve a Dios, pero oye su voz. (...) La fe es la respuesta a una Palabra que interpela personalmente, a un Tú que nos llama por nuestro nombre" (LF 8).

4) "(...) la fe "ve" en la medida en que camina, en que se adentra en el espacio abierto por la Palabra de Dios" (LF 9).

5) "Para Israel, la luz de Dios brilla a través de la memoria de las obras realizadas por el Señor, conmemoradas y confesadas en el culto, transmitidas de padres a hijos. Aprendemos así que la luz de la fe está vinculada al relato concreto de la vida, al recuerdo agradecido de los beneficios de Dios y al cumplimiento progresivo de sus promesas" (LF 12).

6) "Crear significa confiarse a un amor misericordioso, que siempre acoge y perdona, que sostiene y orienta la existencia, que se manifiesta poderoso en su capacidad de enderezar lo torcido de nuestra historia" (LF 13).

7) "La fe cristiana es, por tanto, fe en el Amor pleno, en su poder eficaz, en su capacidad de transformar el mundo e iluminar el tiempo. "Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él" (1 Jn 4,16). La fe reconoce el amor de Dios manifestado en Jesús como el fundamento sobre el que se asienta la realidad y su destino último" (LF 15).

8) "La fe no sólo mira a Jesús, sino que mira desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos: es una participación en su modo de ver". (...) "La fe en el Hijo de Dios hecho hombre en Jesús de Nazaret no nos separa de la realidad, sino que nos permite captar su significado profundo, descubrir cuánto ama Dios a este mundo y cómo lo orienta incesantemente hacía sí; y esto lleva al cristiano a comprometerse, a vivir con mayor intensidad todavía el camino sobre la tierra" (LF 18).

Volvemos a encontrar un magnífico texto en el libro de Mons. Juan-José Asenso Pelegrina, *Saturnino López Novoa. Fundador de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados*, BAC, Madrid 2000, pp. 65-66):

“Una mañana, en la sacristía de la Catedral, el Vicario de San Hipólito, D. Ramón Isaac, que había sustituido a D. Juan Codera, nombrado Rector del Seminario, le comunicó que en la tarde anterior había sido llamado para confesar a un jornalero gravemente enfermo, no logrando su propósito, pues aquél se negaba "con palabras impías y blasfemas". D. Saturnino se comprometió a acudir ese mismo día a su casa antes de salir de paseo, comenzando desde ese momento a encomendar a la Virgen la solución del problema. Por la tarde, tomando un escapulario de Ntra. Sra. del Carmen, se dirigió al domicilio del enfermo. Lo recibió la esposa y le advirtió de la terquedad de su marido y de las nulas posibilidades que había de poder cumplir su propósito. D. saturnino, no obstante, penetró en la habitación del enfermo, le exhortó repetidas veces a que se confesara, no logrando de aquél, que tenía vuelto el rostro a la pared, ni una palabra de respuesta. Introdujo entonces con disimulo el escapulario que llevaba debajo de la almohada, sin que fuera percibido ni siquiera por la esposa del enfermo, y comunicó a ésta que marchaba a dar un paseo y que a la vuelta entraría de nuevo.

«Como punto más próximo desde la casa -escribe D. Saturnino- tomé el camino de la Barca, y al llegar a la senda que conduce a la torre de Andreu, recordé naturalmente la escena ocurrida hacía pocos días con la Torrera y sus hijos. Esta idea me suscitó la de dirigir a Dios Nuestro señor esta plegaria: "Dios mío y Señor mío; Vos que, en vuestra bondad habéis tenido a bien serviros de este humilde siervo, e indigno ministro vuestro, para remediar la necesidad corporal de una familia; dignaos, Señor, conceder la gracia que os pido por la mediación de vuestra Sma. Madre, la Virgen María, en su título glorioso del Carmen, de que si dicha obra caritativa ha sido aceptable a vuestros divinos ojos, y digna de alguna recompensa, que sea ésta aplicada a este pobrecito enfermo, al que se la cedo gustoso, y sea socorrida su necesidad espiritual, comunicándole vuestra divina gracia; que ablande su corazón, se arrepienta y salve su alma". Recé unas Salves a N^a S^a del Carmen, y me volví, pues el deseo de llegar lo antes posible a casa del enfermo no me permitió alargar más el paseo. Confiado en el favor de María Sma., de quien esperaba alcanzar la gracia pedida, llegué a la casa. Apenas, al subir la escalera, digo en voz alta (como de costumbre). "Ave María Purísima", sale a recibirme la mujer, y en tono alegre y como fuera de sí, me dice: "¡Ay!, y qué a tiempo llega V., D. Saturnino. Ahora mismo iba a llamar a Mosén Ramón (el Vicario del Distrito). Este hombre se ha vuelto otro. ¡Me ha llamado hace poco, y me ha dicho fuese a llamar al Cura, que quería confesarse! ¡Oh, le respondí!, ¿no sabe V. que la Virgen puede mucho?". Entro en el cuarto del enfermo, y lo saludo afectuosamente; en el momento, vuelto hacia mí, le dije: "Ya verá qué pronto lo hacemos, y qué contento y tranquilo ha de quedar". Procure recordarle los Mandamientos principales, para ayudarle y facilitarle el examen; lo dejé un poco de tiempo para que lo hiciera, y después entré a confesarlo. Hizo confesión satisfactoria, dejando caer algunas lágrimas, al hablarle yo de la bondad grande de Dios, de la confianza de salvarse, etc. Concluida la confesión, al decirle: "Vamos, ¿no ve qué contento está ahora?, pues dele gracias al Señor, y también... (entonces saco el escapulario de debajo de la almohada) a esta Señora que es quien le ha alcanzado este grande beneficio. ¿La conoce?". "Sí, Señor, ¿no es la Virgen del Carmen?". "La misma -le respondo-, y ahora le voy a poner este escapulario". Se lo puse y exhorté a recibir con santo fervor el Santo Viático, que le administré fervoroso, pero muy postrado. Le dije algunas jaculatorias, renové la absolución, y encargando a la mujer que avisara al Sr. Vicario, para que en caso de necesidad le administrara la Santa Unción, me retiré a casa. Por la mañana me dijo el Vicario que había fallecido a cosa de las tres de la madrugada. Véase aquí recompensada la obra de caridad».

9) “Así podemos entender la novedad que aporta la fe. El creyente es transformado por el Amor, al que se abre por la fe, y al abrirse a este Amor que se le ofrece, su existencia se dilata más allá de sí mismo. Por eso, san Pablo puede afirmar: "No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí" (Ga 2,20), y exhortar: "Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones" (Ef 3,17). En la fe, el "yo" del creyente se ensancha para ser habitado por Otro, para vivir en Otro, y así su vida se hace más grande en el Amor. En esto consiste la acción propia del Espíritu Santo. El cristiano puede

tener los ojos de Jesús, sus sentimientos, su condición filial, porque se le hace partícipe de su Amor, que es el Espíritu. Y en este Amor se recibe en cierto modo la visión propia de Jesús” (LF 21).

10) “Puede ayudarnos una expresión de san Pablo, cuando afirma: “Con el corazón se cree” (Rm 10,10). En la Biblia el corazón es el centro del hombre (...) La fe transforma toda la persona, precisamente porque la fe se abre al amor. (...) La fe conoce por estar vinculada al amor, en cuanto el mismo amor trae una luz. La comprensión de la fe es la que nace cuando recibimos el gran amor de Dios que nos transforma interiormente y nos da ojos nuevos para ver la realidad” (LF 26).

11) “La fe cristiana, en cuanto anuncia la verdad del amor total de Dios y abre a la fuerza de este amor, llega al centro más profundo de la experiencia del hombre, que viene a la luz gracias al amor, y está llamado a amar para permanecer en la luz” (LF 32).

12) “Imagen de esta búsqueda son los Magos, guiados por la estrella hasta Belén (cf. Mt 2,1-12). Para ellos, la luz de Dios se ha hecho camino, como estrella que guía por una senda de descubrimientos. La estrella habla así de la paciencia de Dios con nuestros ojos, que deben habituarse a su esplendor”. “No hay ninguna experiencia humana, ningún itinerario del hombre hacia Dios, que no pueda ser integrado, iluminado y purificado por esta luz. Cuanto más se sumerge el cristiano en la aureola de la luz de Cristo, tanto más es capaz de entender y acompañar el camino de los hombres hacia Dios” (LF 35).

13) “Quien se ha abierto al amor de Dios, ha escuchado su voz y ha recibido su luz, no puede retener este don para sí. La fe, puesto que escucha y ve, se transmite también como palabra y luz” (LF 37).

14) “La Iglesia es una Madre que nos enseña a hablar el lenguaje de la fe” (LF 38).

15) “La fe no sólo se presenta como un camino, sino también como una edificación, como la preparación de un lugar en el que el hombre pueda convivir con los demás”. “(...) la fe ilumina también las relaciones humanas, porque nace del amor y sigue la dinámica del amor de Dios. El Dios digno de fe construye para los hombres una ciudad fiable” (LF 50).

16) “Precisamente por su conexión con el amor (cf. Ga 5,6), la luz de la fe se pone al servicio concreto de la justicia, del derecho y de la paz. (...) La fe no aparta del mundo ni es ajena a los afanes concretos de los hombres de nuestro tiempo. (...) La fe permite comprender la arquitectura de las relaciones humanas, porque capta su fundamento último y su destino definitivo en Dios, en su amor, y así ilumina el arte de la edificación, contribuyendo al bien común. Sí, la fe es un bien para todos, es un bien común; su luz no luce sólo dentro de la Iglesia ni sirve únicamente para construir una ciudad eterna en el más allá; nos ayuda a edificar nuestras sociedades, para que avancen hacia el futuro con esperanza. (...). Las manos de la fe se alzan al cielo, pero a la vez edifican, en la caridad, una ciudad construida sobre relaciones, que tienen como fundamento el amor de Dios” (LF 51).

17) “La luz de la fe no nos lleva a olvidarnos de los sufrimientos del mundo. (...) La luz de la fe no disipa todas nuestras tinieblas, sino que, como una lámpara, guía nuestros pasos en la noche, y esto basta para caminar. Al hombre que sufre, Dios no le da un razonamiento que explique todo, sino que le responde con una presencia que le acompaña, con una historia de bien que se une a toda historia de sufrimiento para abrir en ella un resquicio de luz. En Cristo, Dios mismo ha querido compartir con nosotros este camino y ofrecernos su mirada para darnos luz” (LF 57).

5. CONCLUSIÓN

El venerable Saturnino López Novoa falleció a las cinco de la mañana del 12 de marzo de 1905 en Huesca. A esa misma hora, durante muchos años, en el amanecer de cada día, había repetido una oración compuesta por él, que anotó en 1869 en su “Regla de Vida”: “He de morir y no sé cuándo; concededme, Señor, por el Inmaculado Corazón de vuestra Santísima Madre y mía, que cuando llegue la hora responda a vuestro divino llamamiento, y tenga una muerte tranquila, pacífica y santa” (p. 391).

El día siguiente a su muerte sus hermanitas, el cabildo, numerosos sacerdotes y laicos amigos y una legión de personas humildes socorridas por él acompañaron su cadáver hasta el cementerio de Huesca, donde recibió sepultura y donde permaneció hasta mayo de 1912, en que fue trasladado a la cripta de la iglesia de la Casa madre de las Hermanitas en Valencia, como era su deseo y donde se encuentra en la actualidad, recibiendo a numerosos devotos que se encomiendan a su intercesión.

Terminamos con la oración final del Papa Francisco en “Lumen fidei”:

“Nos dirigimos en oración a María, madre de la Iglesia y madre de nuestra fe.

¡Madre, ayuda nuestra fe!

Abre nuestro oído a la Palabra, para que reconozcamos la voz de Dios y su llamada.

Aviva en nosotros el deseo de seguir sus pasos, saliendo de nuestra tierra y confiando en su promesa.

Ayúdanos a dejarnos tocar por su amor, para que podamos tocarlo en la fe.

Ayúdanos a fiarnos plenamente de él, a creer en su amor, sobre todo en los momentos de tribulación y de cruz, cuando nuestra fe es llamada a crecer y a madurar.

Siembra en nuestra fe la alegría del Resucitado.

Recuérdanos que quien cree no está nunca solo.

Enséñanos a mirar con los ojos de Jesús, para que él sea luz en nuestro camino.

Y que esta luz de la fe crezca continuamente en nosotros, hasta que llegue el día sin ocaso, que es el mismo Cristo, tu Hijo, nuestro Señor” (LF 60).

Monseñor Julián Ruiz Martorell, Obispo de Sigüenza-Guadalajara